

II

UN PUEBLO TRANSPARENTE: OLVIDO, MEMORIA E IDENTIDAD

Cuando niños, todos hemos cantado en nuestro colegio la Marcha de San Lorenzo mirando subir la bandera en actos patrios, pero nadie nos dijo que fue escrita por un músico afroargentino, hijo de esclavos, llamado Cayetano Silva; tampoco, cuando jugábamos a la ronda, me dijeron que no se trataba de un juego, sino de un baile ritual africano. Al menos a mí nadie me dijo que a Silva, que fue empleado policial pero que además enseñaba italiano en más de catorce dialectos y fundó una academia de música, en 1920 la Policía le negó sepultura en el Panteón Policial por ser negro. Hoy yace en una tumba sin nombre en Rosario. Quizás estos ejemplos sirvan para empezar a imaginar - mejor dicho, a intentar reconstruir con la imaginación- una Buenos Aires de cultura africana que se olvidaron de contarnos, pero que existió alguna vez, aunque reconocerlo no resulte un ejercicio casi imposible para el intelecto; pensar que una buena parte de su población -más tarde más del 30%- era de otro color de piel, que hablaba extrañas lenguas, que tenía su música, su barrio, sus templos, sus edificios de reunión con grandes plazas a sus lados para los bailes; que tenían sus propias capillas, sacerdotes, cementerios, médicos, días de fiesta, autoridades electas y ceremonias públicas; que tenían sus alimentos,

gastronomía, formas de cocinar, de hacer y usar platos y ollas, su arquitectura doméstica, sus juegos y hasta un idioma común que permitía comunicarse entre sí a los provenientes de diferentes culturas de África -la llamada lengua *bozal*-, es algo que por cierto rebasa nuestra capacidad de imaginar. Más tarde tuvieron sus diarios, periodistas, literatura, poesía, hasta escribanos y dos diputados del Congreso. Pero así fue Buenos Aires, aunque los hayan contado otra historia. Tucumán tenía a finales del siglo XVIII la friolera del 64% de pobladores afro; Santiago del Estero, 54%; Catamarca, 52%; Salta, 46%; Córdoba, 44%.

¿Qué los contaron? Que había *negritos* que llevaban el farol cuando los amos salían de noche, que había *negritas* que cebaban mate a las señoras o las acompañaban a la Iglesia llevándoles la alfombra -no había bancos- para sentarse en el piso sin sentir frío, que las negras viejas, ¿inútiles para otra cosa?, vendían "*empanadas calientes para la vieja sin dientes*" en la Plaza de Mayo. Y sí, es posible que algunos hicieron eso, aunque también esos niños crecían y se transformaban en la servidumbre que asoman el fondo del cuadro de Carlos Pellegrini, nuestro gran pintor, que parece olvidarse que aprendió a pintar de un esclavo de su padre llamado Fermín Gayoso. Ponerlos en los cuadros estaba bien, pero hasta ahí nomás; Bartolomé Mitre escribió que "*entraban a formar parte de las familias con la que se identificaban, siendo tratados con suavidad y soportando un trabajo fácil, lo más penoso que el de sus amos, en medio de una abundancia relativa que hacía relata la vida*", y Vicente Quesada llegó a cerrar el siglo XIX diciendo que "*estas relaciones eran casi afectuosas*"¹. Pero ya en su tiempo estas frases tenían sus respuestas, no todos callaban: a Mitre le contestó duramente Paul Groussac en 1897, al escribir en la biografía de Liniers que "*los negros y mulatos urbanos (...) pertenecían a la casa del amo o patrón, no 'como miembros de la familia' (...) sino como parte de su fortuna: something better than a dog, a little dearer than a horse*".

Es aquí cuando nos surgen varias preguntas: la primera es ¿por qué las evidencias arqueológicas y los documentos históricos que se está descubriendo en Buenos Aires cada día, muestran un panorama diferente del imperante en la literatura de la época? La segunda pregunta surge de una concepción profundamente inmersa en el imaginario histórico de los porteños: ¿por qué nada ha quedado de esa población -y de su cultura material- evaporadas como por sortilegio misterioso e inexplicable? Y lo que casi nadie se pregunta es por qué nuestro lenguaje -hoy, en el siglo XXI- está plagado de términos africanos: la mujer es una *mina* (grupo étnico africano), la música popular urbana es el *tango* (de tangó: bailar, en Congo), los zapatos aún para algunos son los *tamangos*, nuestro servicio doméstico es la *mucama* (por otro grupo étnico africano), comemos puré de zapallo (ya Mansilla decía que era comida de esclavos), el estómago de la vaca es el *mondongo* (grupo étnico africano Kumbundu; se les daba de comer a los esclavos), comemos sandía (traída de África para los esclavos en el siglo XVII) y achuras (se les daba a los perros y las aprovechaban los esclavos), a los niños se le cantaba a *arrorró* en la cuna, el *quilombo* es la palabra que en toda América indica los asentamientos de cimarrones (afros huidos al monte) y de allí su asociación con ruido y pérdida de ataduras sociales, nos comemos una *banana* cuyo nombre proviene de un pueblo en Mali, no golpean el *marote*, comemos maní, tenemos el pelo *mota*, los ladrones van en *cafúa* de donde lo saca *mongo*, en la cancha de fútbol usan una *bengala*, y hay mucho más: palabras del lunfardo como *tongo*, o habituales como *ganga*, *bochinche*, *milonga*, *zamba* y *mandinga* también del mismo origen. Este tema del lunfardo es muy interesante, y muchos historiadores de ese lenguaje han hecho esfuerzos por demostrar que la palabra vienen del italiano, o de remotos lugares del universo, pero no de África: términos como *bobo* (aplicado a la tontera, no al corazón) son claramente afro, y en este caso es el de un pueblo del norte de Costa de Marfil, de donde llegaron muchos esclavos; pero para una cultura blanca en mejor pensar en Italia que en Costa de

Marfil. Y lo mismo podríamos decir de *bamba*, *canyengue*, *conga*, *matungo*, *ganga*, *yapa*, *bingo*, *bomba* y *bombo*, *mambo*, *baba* y, para los abuelos, *yeye* y *yaya*.

Al fin de cuentas quienes hablaban estos idiomas eran más de un tercio de la población de esta ciudad, al menos en algún momento. Sí, increíble. Es evidente que la cultura de la negritud está en nuestra memoria colectiva claramente inserta y profundamente enraizada, pero es transparente y no la podemos ver. Cuando leemos nuestra literatura gauchesca vemos que la *payada* era todo un símbolo del gauchaje: pocos notan que siempre, y digo siempre, son africanos que mantenían una antigua tradición de origen; hasta Gabino Ezeiza -último de ellos que murió en 1916- era negro y descendiente directo de esclavos, ¿o quién payaba contra Martín Fierro?

Podemos seguir haciéndonos preguntas: ¿acaso es siquiera posible imaginar que en el ejército hasta cerca del año 1900 no sólo la mayoría de las tropas, sino gran parte de los suboficiales e incluso oficiales -hasta el grado de coronel- eran afroargentinos? Hubo literatura negra, diarios y periodistas afros, poesía en lengua bozal, publicidad para el consumo de objetos por esos grupos sociales, los políticos buscaron sus alianzas y les dirigieron sus campañas, y hubo historietas en las revistas como *El Hogar* que durante los años de la Primera Guerra Mundial deleitaban a la población con su Negro Raúl, predecesor de tantos personajes porteños. ¿Han quedado registrados los veinte periódicos y diarios para la población afro que había en la ciudad hacia 1880?; en 1857 el 15% de los alumnos de los colegios primarios de Buenos Aires eran de color; ¿quién recuerda la lucha abolicionista en Argentina y sus epopeyas? Seguro que sabemos mucho sobre Abraham Lincoln y la Guerra de Secesión en los Estados Unidos: aquí también hubo una larga lucha por los derechos humanos de los afroargentinos, cuentas polémicas para prohibir los colegios de castas, y fueron estos sufridos pobladores quienes, recordemos, fundaron las

primeras asociaciones sindicales del país, más de medio siglo antes que los anarquistas y socialistas.

¿Cuánto hubo que pelear para que se levanta la prohibición para que que los no blancos pudieran entrar los teatros, el Jardín Florida, a los salones de baile, al teatro Ópera o al Variedades? Y para que ya no volviese a pasar lo que en la iglesia del Socorro, donde en 1882 se obligó a hacer un casamiento afro en la sacristía porque consideraban que "los perros" no podían estar frente al altar ². ¿Alguien recuerda que un afro como José M. Morales (1818-1894), activo coronel mitrista, fue diputado provincial, constituyente y luego senador provincial en 1880?; y que otro afroporteño, el teniente coronel Domingo Sosa, fue diputado en dos oportunidades y Constituyente en 1853. La *Marcha Fúnebre* ejecutada en honor a San Martín al retornar sus restos al país en 1882 fue escrita por otro afro: Zenón Rolón.

Leer ahora lo que se escribía en los finales del siglo XIX nos llena de estupor; parecería que había una guerra de la que nunca se dijo nada: el poeta afroporteño Casildo Thompson escribía en 1878:

*Ah maldito, maldito mil veces
Seas blanco sin fe, tu cruel memoria
es eterno baldón para tu historia.*

Buenos Aires tuvo esclavos desde su primera fundación, ya que los traía Pedro de Mendoza consigo. Don Álvaro Nuñez Cabeza de Vaca tuvo un par de la poco frecuentes esclavas blancas españolas; también le cupo en 1544, y desde esta región del mundo, el escalofriante honor de dictar el primer bando para establecer el *carimbado* de los esclavos. Para quien no lo recuerde, esta palabra -que causó horror durante siglos el sólo nombrarla- se aplicaba al herrado a fuego de seres humanos con las marcas del importador y del propietario. En Buenos Aires tenemos el "orgullo" de haberlo hecho hasta con

dos en las diarias de esclavos durante dos siglos continuos. Recién a fines del siglo XVIII se prohibiría en España por los escándalos suscitados por el marcado en el rostro de las mujeres, pero luego veremos que aquí la costumbre no se terminó. A nuestro país entraron al menos doscientos mil africanos, murieron en barracones de los mercados (llamados sutilmente "asientos") unos diez mil de ellos a la espera de curarse y sobrevivir a las penurias del viaje, en el que murieron quizás otros veinte mil. De aquí salían enormes caravanas de gente encadenada que viajaba para ser vendida en Potosí, Córdoba, Tucumán o Santiago de Chile. Nadie lo vio partir, nadie lo oyó pasar; Hernandarias informó al rey que entre 1612 y 1615 -sólo tres años de esos tempranos tiempos- salieron desde la aldea que era Buenos Aires 4.515 esclavos hacia el interior; eran más que caravanas, eran hileras de terror y muerte.

Los edificios más grandes de toda la ciudad colonial eran las Compañías, eufemismo para designar los asientos, es decir los mercados negreros; nadie lo recuerda, y eso que no estaban lejos: el más cerca del centro era lo que después se llamó la Aduana Vieja -la esquina de Belgrano y Balcarce-, los mercados y los grandes barracones estaban en Retiro y Lezama, lugares que quedaron como espacios abiertos para siempre en la traza urbana, estigma permanente en la memoria de una historia trágica ocultada; hasta el siglo XVIII los esclavos eran vendidos en los arcos del Cabildo en plena Plaza de Mayo. Es válido preguntarnos entonces por qué la literatura y el arte están plagados de imágenes vívidas del herrado de vacunos y no de gente, o de recuas de mulas y no de esclavos, ¿no existían o no los quisieron ver? Todo esto no pasaba lejos, en la montaña o en la selva, sino aquí cerca, en plena ciudad: los mercados negreros estaban en los alrededores de lo que era el antiguo centro y la ranchería de los esclavos de los jesuitas estaba a una cuadra de Plaza de Mayo, la de los dominicos a cuatro cuadras, unos metros más y seguían los franciscanos y las demás órdenes religiosas, y en Balcarce y Belgrano estaba los esclavos a la venta en lo gran de patios de la casa de los

Azcuénga - Basavilbaso. En 1803, cuando las ideas liberales ya avanzaban incluso aquí, el síndico procurador del Cabildo leía una presentación en la que se quejaba de las empresas negreras por "*no darles entierro a los que mueren, arrojándolos en los huecos [plazas] que tiene la ciudad*", y cuando tenían que llevarlos a enterrar lo hacían "*arrastrándolos públicamente por las calles con escándalo del vecindario*" atados a la cola de los caballos³. Por eso es habitual encontrar frases como la del esclavo del convento de las Betlemitas que al tramitar la compra de su propia libertad dijo que no quería "*morir sin respirar el aire inapreciable de la libertad*"⁴; tenía 70 años y había servido a los religiosos más de 50 de ellos. Cuando un año que vendía pasteles en la calle le dijo una señora blanca una *relación* que resultó ofensiva, el alcalde del barrio de Monserrat le dio como pena ni más ni menos que ocho años de servicio en un regimiento de frontera; y ya era 1822, es decir que las ideas de igualdad estaban presentes en la comunidad de un gobierno republicano⁵.

El buen trato en la ciudad no llama que en algunos casos excepcionales -que sí lo sabría por cierto- y en la imaginación de quienes más tarde escribiría la historia: la versión de los ganadores; hoy sabemos que entre 1776 y 1810 el 60% del total de esclavos libertos lo fueron por su propia compra de la libertad; el resto incluye los liberados por la edad, por enfermedades crónicas, por bondad de sus dueños en sus testamentos, por simple abandono de los ya inservibles o por terceros interesados de alguna otra manera⁶. El gran poeta afroportorriqueño Horacio Mendizábal, quien publicó desde los 19 años y falleció a los 24, escribía en 1869 un desgarrador poema que incluía a estas estrofas:

*El medio de mi pueblo estoy aislado,
 porque donde mi cuna se meció
 con ímpetu arrojada de su lado,
 una raza de parias ha quedado*

*y a aquella raza pertenezco yo.
Y ni patria tenemos, si existe,
de su seno no supo conscribir;
las cargas sea para un hombre triste.
Y si un solo derecho nos asiste,
ha de ser el derecho de morir.*

Entre los muchos problemas que el desdibujo de la memoria ha traído es el no recordar que lo que se llamaban genéricamente "los negros" no era un grupo humano homogéneo, ya que provenían de diferentes regiones de África, incluso de Asia, y allí especial desde la India. Había entre ellos muchos musulmanes, hindúes y árabes -aún que la corona había prohibido que entraran musulmanes-, y gente proveniente de Madagascar, Camboya o Tailandia; pero a los ojos del blanco todo el igual, todos eran negros, como los indígenas eran todos indios; luego veremos que la legislación acerca de la proveniencia de los esclavos no era respetada, ya que había "indios" y hasta "mexicanos". Sólo con el tiempo comenzarían a destacarse las diferencias entre pardos, mulatos, cuarterones, morenos y, finalmente, morochos o trigueños, todos términos ahora difíciles de entender con la sutil exactitud que antes tenían pero que hablaban de lo mismo: el color de la piel del otro; *mulato* no es una palabra cualquiera: viene de mula. Pero así como un irlandés no es un siciliano, un habitante del Congo no era uno de Guinea o un zulú; tenían idiomas, religiones, artes y costumbres diferentes. Este incluso era reconocido en su tiempo por los comerciantes que ofrecían la mercadería según ciertos imaginarios atributos que caracterizaban cada grupo: unos eran mejores para el servicio doméstico, otros para arar la tierra, otros para trabajar en las minas bajo tierra y así sucesivamente. Entender esto es comprender la variedad y riqueza cultural de las que eran portadores, las que, pese a todo, sobrevivieron hasta hoy.

La arqueología, al trabajar con la cultura material para explicar los procesos del pasado, maneja evidencias diferentes de las de la historia puramente documental; y la arqueología histórica utiliza ambas fuentes para penetrar en el pasado. Y aquí está lo fascinante, ya que al complementarse o al contradecirse, permiten ver con mayor profundidad aspectos de otra forma casi invisibles. No sabemos nada de la comida de los esclavos urbanos, por citar un ejemplo, y al encontrar ollas para cocinar hechas de cerámica y que repiten en su forma o decoración modelos africanos -no blancos ni indígenas- nos abre nuevas puertas que hay que seguir investigando; y dentro de poco tendremos análisis de los restos óseos y semillas de su comida ya excavadas. Ésa es la base de este libro, el trabajar con la evidencia material de lo ya excavado en la ciudad y, sumando y cruzando documentos históricos, tratar de penetrar hacia algunas hipótesis que consideramos de significación para el historia africana en Buenos Aires.

Una de las hipótesis que intentaremos demostrar en este libro el que, desde la visión arqueológica, los africanos primero y los afroargentinos después no sólo existieron y ayudaron a construir con su trabajo este país, sino que, a diferencia de la opinión generalizada, mantuvieron una actitud de resistencia ante el amo, e incluso siendo libertos la presentaron ante la sociedad blanca. Ésa resistencia puede no haber sido, como en otras regiones, con enfrentamientos armados o quema de campos, es cierto; fue muy diferente: encontrar pipas, o platos, u ollas a los que se les talló sutilmente símbolos religiosos fundamentales de las religiones africanas es hablar de una resistencia cultural silenciosa; hallar evidencias de vudú y magia adivinatoria en ese Buenos Aires antiguo supuestamente homogéneo en su religión, saber que hubo barrios y áreas en las que el blanco no podía entrar -la costa del río, el barrio del Tambor-, el penetrar en una dimensión desconocida en la historia de la ciudad. El abandono masivo de las cofradías y la hermandades de religiosas católicas para volcarse, a inicios del siglo XIX, a la militancia en las naciones

prueba de que la conversión obligatoria fue para muchos de ellos sólo una fantochada. Un ex esclavo afrouruguayo que escribió sus memorias -caso excepcional- dijo al respecto que su *"temor a Dios estaba por encima de toda las cosas, lo que no es de extrañarse dado que fue uno de los medios que mejor se había utilizado para imponer[nos] temor y su misión"*⁷. Es por eso que en los pozos de basura y en los rellenos bajo los pisos en que excavamos se encuentran conjuntos de amuletos hechos de hueso, piedras de colores y otros pequeños objetos que servían para adivinar o hacer ritos religiosos; esto sucedía en el interior de casas de familia, en las habitaciones del fondo donde la servidumbre debía reunirse alrededor de sus propias creencias. ¿Por qué hubo quienes dibujaban el cosmograma religioso de Ghana en los pocos objetos de su propiedad? Cuando después del inicio del siglo XIX ya tuvieron sus propios *sitios* -su propia arquitectura y quizá su propia concepción y uso del espacio- en donde practicar sus bailes, socializar entre ellos y con el gobierno, hacer sus ceremonias para la muerte y las enfermedades, quizá las cosas cambiaron, pero no parece ser tampoco así para la arqueología. En fecha tardía, quizá posterior a la constitución de 1853, que les dio la libertad total, un entierro ritual de una vasija afo al terminarse una obra subterránea para el Hospital de Mujeres, la que hemos descubierto excavando. La verdad era que, pese a ser libres, su lugar en la sociedad seguía siendo casi el mismo, la cultura blanca desde la colonia se había limitado a reprimimos, a tratar infructuosamente de prohibir los *candombes* y *fandangos*, a borrar todo resto de identidad; hasta que Rivadavia primero y Juan Manuel de Rosas después entendieron su potencial político y lo usaron para sostenerse en el poder. Más tarde vino la libertad a regañadientes, luego la libertad física y luego la disolución y el olvido.

Trataremos de entender qué el paso y por qué pasó: nada fue casual. Los afroargentinos no se evaporaron por un sortilegio de magia, lo que pasó fue responsabilidad de una sociedad liberal que logró lo que realmente quería: construir una nación blanca, la más larga de América. Jose Ingenieros en 1901,

ya como adalid de la blancura racial, lo dijo con absoluta precisión: *"La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas"* ⁸. Porque Ingenieros, haciendo un malabarismo con las ideas de Marx, transformó la lucha de clases en lucha de razas, lo que en Europa sonaba ya ridículo pero que aquí tuvo adeptos y hasta fanáticos; y lo más increíble es que Ingenieros terminó ingresando en el Partido Comunista. En 1904 escribió que *"lo que se haga por las razas inferiores es anticientífico. A lo sumo, se lo podría proteger para que se extingan agradablemente"*; sin duda fue una muy delicada manera de pedir campos de exterminio.

La segunda idea a desarrollar es que las actitudes burlonas típicas de esta población, de imitación caricaturesca de las costumbres del blanco, como eran el colgarse medallas de hojalata, vestirse para los bailes con frac rotos o levitas mugrientas, eran profundas actitudes de desprecio. No eran cosas de tontos ni juegos de niños inocentes como se lo interpretó, tampoco era la infantil intención de parecerse a los blancos de alcumia pero sin el dinero para pagar la ropa; era en realidad la única manera de reírse del otro en su propia cara: el disfraz tenía dos lados. En otros casos las "tonterías" tenían significados ocultos que trataremos de entender: los collares para hombres y no para mujeres eran religiosos y no ornamentales, sólo por citar un ejemplo.

La tercera hipótesis es que los espacios urbanos de la esclavitud fueron algunas de las arquitecturas más importantes de la ciudad: por su dimensión física, por la superficie ocupada, o por la calidad o características tipológicas de esas obras; fueron sólo comparables en tamaño a lo grande conventos, el Cabildo o el Fuerte; aunque obviamente se los ha descrito mucho menos, casi nada. La historia de la arquitectura de la ciudad no ha producido ni un solo estudio específico sobre este tema, salvo como referencia tangencial a las historias posteriores de Retiro, plaza San Martín o Lezama; lo que hubo antes de ser sitios paradigmáticos no era demasiado importante; se desdibuja la

memoria, y los espacios urbanos parecen surgir de la nada hacia la magnificencia urbana de la generación del 80.

En síntesis, trataremos de dejar al menos esbozada la resistencia al blanco, entendiendo que se dio de formas diferentes de las maneras violentas de otras regiones: aquí se hizo silenciosamente, manteniendo sus tradiciones de cocinar, de vestir, de bailar, de hacer cerámicas para su propia vajilla, al dibujar -como dijimos- sus símbolos mágicos en las bases de los recipientes para sus propias medicinas, en su manera de fumar -la pipa era de uso femenino-, en el sarcasmo, en los pregones y rimas, en el idioma usado en los bailes y candombes frente al blanco; pero la forma más significativa la resistencia fue la más útil y silenciosa, pero la más terrible que una sociedad pudiera imaginar: un lento suicidio colectivo que implicó reducir al mínimo la reproducción biológica: los estudios para Buenos Aires demuestran que la natalidad era del 1% y en la mortalidad infantil, altísima incluso entre libertos. Buena parte de la extinción de la población afro fue quizá por propia voluntad: no aceptaron que sus hijos siguieron el mismo camino ni siquiera en los casos en que lograron la libertad para recibir, en cambio el racismo. Es una de las más terribles historias de la Argentina. También es cierto que ayudó la fiebre amarilla y el cólera, las guerras que los usaron de carne de cañón, la gran inmigración europea, la falta de salubridad..., todo es cierto, pero no resto de América pasó lo mismo y los resultados son diferentes. También ayudó la desidia de los amos al no interesarles que sus esclavos viviesen en familia, porque no lo consideraban un buen negocio; lo mismo pasó con la actitud antinatural de las amas de casa que veían en el embarazo de la servidumbre una enfermedad o impureza; las causas y explicaciones pueden y deben ser muchas, el resultado fue uno solo. Quizás este tema, crucial en la historia de este pueblo y de su desdibujo, esté o bien demostrado como veremos más adelante, pero como adelanto de la idea podemos citar el caso de la estancia de Fontezuela, propiedad de los Betlemitas

y basada en el trabajo esclavo, en donde en medio siglo sólo hubo ocho nacimientos, de lo cual murieron seis antes del primer año⁹.

La independencia en América Latina se inició en un país con población totalmente afro: Haití (1795-1804). Allí existió el primer gobierno libre, la primera Constitución igualitaria y esa mínima isla del Caribe logró enfrentar a Napoleón Bonaparte y rechazar al ejército enviado bajo el mando de su cuñado. Toussaint Louverture fue el modelo ideal para nuestros héroes de la independencia, de allí emanaron las ideas que luego tomarían muchos de los ideólogos de Mayo; pero eso fue mejor olvidarlo: no he encontrado un libro de historia escolar que lo recuerde seriamente. Al final de cuentas, éstos eran negros... Cuando en 1812 se debatía el tema candente de la libertad a los esclavos, un periódico de la ciudad escribía la siguiente explicación de por qué el que más se demoraba: *"Vuestra apetecible libertad acaso no podrá decretarse en el momento, como lo ansía la humanidad y la razón, porque por desgracia lucha en oposición con el derecho sagrado de la libertad individual; y porque educarlos y envejecidos en el abatimiento y la servidumbre sois casi incapaces de conducirlos desde luego por vosotros mismos..."*¹⁰. Hermosa forma de decirles a los esclavos -que no sabían leer por otra parte- que les hacían un gran favor al no liberarlos aunque así lo indicaba la razón y la humanidad entera.

¿Por qué fue necesario olvidar, borrar, desaparecer? ¿Tan fuerte era el darwinismo social que no cabía ninguna posibilidad de que la gran civilización blanca conviviera con otros? Los indios, masacrados; los afros, olvidados; el mestizo de la frontera -luego idealizado en un gaucho inexistente-, hecho folklore y poesía. La desaparición por blanqueamiento, por marginación y por la oleada inmigratoria europea a fines del siglo XIX de ese enorme 35% de afroporteños era la síntesis ideal del concepto del progreso indefinido, eran

Sarmiento y Alberdi juntos por última vez, era la civilización que triunfaba definitivamente sobre la barbarie; para Miguel Cané: *"aquí somos todos blancos, lo que no corresponde a esas características tiene tan poca importancia como la de los gitanos en España o en Inglaterra"*¹¹. Y para él era cierto, eso es lo terrible de la historia que vamos a contar. La construcción de la historia nacional se hacían sobre verdades indiscutidas, sobre nuevos paradigmas, sobre desiertos que nunca existieron y sobre silencio que poco antes habían sido "aullidos": sí, hubo "negros", pero eran pocos, los tratábamos bien, incluso -como dirían, Cané y Quesada-, los de aquí eran diferentes, tenían cráneos y cuerpos distintos a los de África, metamorfoseados por mafias extrañas, incluso apenas llegados a estas tierras; de allí que el método de los "campos de extinción" que Ingenieros propuso para Brasil no fue necesario: acá eran mejores, se extinguieron solos.. Había que escribir la nueva historia, la del futuro; era "la construcción de la memoria de la modernidad"¹², que elegía lo que le interesaba; para un imaginario con una historia artificial, digna, homogénea, con vencedores y vencidos porque una ley divina: la supremacía del más fuerte; y tanto era así que a unos hubo que exterminarlos -los indios-, los otros eran tan débiles que se fueron en silencio -los afros-. Ahora sabemos que ni se fueron ni lo hicieron en silencio, lo que pasaba era que nadie los escuchaba, pues menos no interesaba escucharlos: para 1880 había 20 diarios y revistas afros en Buenos Aires que se publicaban con bastante regularidad. Nunca hubo un lugar para ellos en el monumento de la "gran memoria colectiva". Al final, todo es bíblico: sobre el pecado original no se puede hablar con detalles, sobre nuestros orígenes mejor olvidar que recordar.

La memoria es una construcción colectiva, el olvido también, por eso fue necesario construir un nuevo imaginario en que los afros eran abyectos, sucios, libidinosos, infantiles, salvajes... Leer los textos del siglo XIX tardío es encontrar los mismos términos que leeremos a través de gran parte del siglo XX: las luchas contra Rosas, el federalismo, un Buenos Aires triunfante; relatos

y más relatos que iban disfrazando la realidad, una realidad que era de todos porque una parte decidió que así fuera; los diferentes, los otros, no contaban en este gran relato glorioso de una gesta civilizadora, de un supuesto desierto al que había que conquistar: *"la identidad es una construcción social, una creación, un sistema de interpretaciones o de representaciones que se produce a través de la palabra, de las imágenes, de las repeticiones de los rituales colectivos"*¹³. Había que hacer un país, había que fabricar tradiciones, mitos, leyendas... y los que debían sufrir eran los blancos, ahora transformados por arte de la palabra escrita en lo que nunca fueron: fortineros asediados por supuestos malones, nuevos conquistadores a caballo, gauchos de pelo en pecho, fuertes peones herrando vacas salvajes, héroes del trabajo; los otros, los de verdad, los que hicieron el trabajo más duro, los de pieles de colores más oscuras y mezcladas, no estaban invitados al banquete, quedaron afuera; salvo que aceptaran su papel de servir la mesa. Ahora debíamos ser "nosotros", ya no los "otros"; el indio era salvaje, el negro, estúpido, y en esa polaridad racista, en esa inferioridad natal, se levanta el monolito a la europeización salvaje.

Entre esa falta de memoria debemos incluir tres cuestiones que a muchos les produce urticaria, y no es para menos: la presencia de esclavas blancas, de gauchos negros y de negros-indios. Porque de todos hubo; algún día sabremos cuántos. Las primeras eran ya esclavas en España, donde en la época del descubrimiento de América habían unos 100.000 esclavos¹⁴, muchas de ellas de ascendencia árabe. Y aquí llegaron desde el inicio de la entrada al territorio ya que, sabemos, Álvaro Nuñez Cabeza de Vaca las tenían para su uso personal, todas ellas herradas y una de ellas, acá en la cara¹⁵. Hasta la fecha el único en el país que ha publicado marcas de esclavos ha sido Agustín Zapata Gollán, y quizá no casualmente se publicaron en 1983, año de regreso a la democracia en la Argentina. Por otra parte, la llegada de esclavas blancas fue una de las primeras alternativas manejadas por la Corona para evitar la mezcla de los conquistadores con las indias, manteniendo así la supuesta pureza de

sangre; todavía en esos años iniciales el esclavismo no era una cuestión racial, recién lo estaba empezando a ser. Es interesante destacar que quien más a historiado esas esclavas haya sido en un argentino, José Torres Revello, quien hizo públicos los documentos existentes en Sevilla sobre el tema en 1927; pero casi nadie le prestó atención, ya que los esclavos seguían siendo transparentes. Sobre los indios-negros del tema es más difícil ya que no se ha escrito nada, al menos que conozcamos. Sí sabemos de la mezcla de culturas, colores y lenguas que significaba la frontera con el indio en donde estaba la imaginaria línea de fortines que indicaban los mapas del ejército, pero que en la realidad era inexistente: unía más que separaba a esa enorme población de indios pacíficos - o violentos-, blancos renegados, mestizos de todo color, hijos o nietos de refugiadas o cautivas, blancos tranquilos, cuartereros y cuartereras, comerciantes viajeros, trotamundos europeos -¡cuántos dejaron escritos sus viajes!-, campesinos y a todo el que no estaba interesado en participar del supuesto lado bueno de la frontera. Hay datos dispersos acerca de indios que tenían claramente color negro -en esa época nadie los confundía-, y valga de ejemplo el que en 1806 se recibiera formalmente en el Cabildo *"al cacique negro y sus dos hermanos que vinieron de Patagones"* ¹⁶. Otro caso era el que vivía entre los indios de San Gerónimo, cerca de Santa Fe, *"que se ha criado entre ellos y el como tal su director y baqueano"*, a tal grado peligroso que el gobernador de Santa Fe propuso al gobierno central que lo envíen a las Malvinas -más lejos no había-, porque *"si toma un palmo de tierra firme, como tan baqueano que es, se introducirá a los indios, y convocándolos para atrocidades"* ¹⁷. La presencia del africano entre los gauchos, con caballo, lazo y haciendo los trabajos típicos, es tan importante que ahora sabemos que en el siglo XVIII hasta un 37% de los peones -libres y esclavos- eran afro ¹⁸; en 1825 Juan Manuel de Rosas tenía 33 esclavos en una de sus estancias, uno de ellos aun marcado en la frente ¹⁹.

Hay por ciento muchas preguntas que ahora, desde el siglo XXI, nos hacemos: ¿cómo era posible que los esclavos creyeran en una religión que ponía todo los seres humanos en igualdad de posición y a la vez permitía que incluso las mismas órdenes religiosas y sus sacerdotes en forma privada tuvieran esclavos?; claro, en esa época la cuestión la consideraban así muy pocos; y menos que nadie la propia Iglesia, que vivía de su trabajo en obrajes, plantaciones y estancias. Además, y en la historia que quiero relatar, el tema estaba bastante bien cubierto por si alguien tenía dudas: un religioso llamado Alonso de Sandoval ya se había hecho carne de estas dudas en África misma, donde bautizaba a los que iban a ser embarcados. Escribió un conocido tratado de su época cuando fue preguntado por sus superiores acerca de si se debían "sentir escrúpulos" por esa carga humana, y contestó que, como donde él estaba era un puerto a donde llegaban desde otros lados, el problema se originaba en esos sitios lejanos: *"y así lo que traerá este puerto, como lo compran allí de tercero, cuarto o más poseedor, no forma escrúpulos"*. Tampoco quienes compraban en América debía sentir escrúpulos ya que *"como los mercaderes que llevan estos negros los llevan con buena fe, muy bien puede comprar a tales mercaderes sin escrúpulo alguno"*. Pero llevaba la cosa más lejos aún ya que muchos africanos alegaban haber sido capturados sin su consentimiento, para lo que el buen padre dice que *"buscar entre diez o doce mil negros que cada año salen de este puerto, algunos mal cautivos, es cosa imposible por más diligencias que se hagan. Y perderse tantas almas (...) por no ir algunos mal cautivos, sin saber cuáles son, parece no ser tanto servicio Dios"*²⁰. Fácil: no hacer nada era la solución propuesta.

La variedad étnica era tan grande que la información que surge nos muestre incluso situaciones que no pueden parecer poco creíbles desde la visión actual. En Córdoba entre 1588 y 1610, es decir a poco de fundadas las primeras ciudades del territorio, el presbítero Juan Oliva de Córdoba compró "indios" de la costa de Brasil, lo que parece haber sido común, ya que otros

también compraban "naturales", cosa que por cierto estaba más que prohibida. Otro ejemplo de Córdoba es un indio "natural de Arauco, habido en guerra", un "*esclavo natural de las provincias de chiriguanas, de lo que la Real Audiencia de La Plata dio por esclavos*" (¡aunque tenía ocho años!), o el clérigo de la catedral de Santiago del Estero que compró "un criollo mexicano", y en 1609 una "*negra esclava mexicana*"²¹.

Vale la pena preguntarnos entonces si la presencia de gauchos e indios negros es rara en América Latina. No, en lo más mínimo, y el mejor ejemplo lo representan dos grupos de indios negros caribeños que aún existen: los garífunas y los miskito (en la zona fronteriza entre Honduras y Nicaragua); estos últimos tuvieron una dinastía real reconocida por el gobierno de Inglaterra durante 250 años, y su último rey murió en 1927. Sobre los gauchos negros ni siquiera intentaré hablar, ya que la nueva historia los ha reivindicado suficiente; imaginar ahora al habitante del campo argentino sin verlo en buena medida como afro, o en las diferentes mestizaciones en la que entraba a formar parte, es ya imposible. El gaucho blanco enfrentando al gaucho negro quedó demasiado idealizado en el *Martín Fierro* y el *Santos Vega*. Y recordemos que el *mandinga* campero en un diablo con la cara blanca, y eso no era casualidad.